

En cursiva 

Infancias • Educación • Comunidad • Agenda pública

Año 3 - Nro. 4 - abril de 2008

¿Qué tan chicos son los chicos?

Ensayos sobre la participación infantil



"Comprometidos con los chicos
por un país más grande"


Fundación **ARCOR**



Niños extraños

Por Leandro de Lajonquière



Para Sofía, *ma puce*

En estos últimos años, precipitó entre nosotros una serie de singulares ideas en lo que atañe a la vida junto a los niños.

Decimos, por ejemplo, que los niños actuales son más inteligentes y rápidos que los de antes, que saben lo que quieren y que tienen sus gustos. A veces, solemos dudar que se trate de hecho de niños o, en otras palabras, que su forma de ser continúe respondiendo a aquello que un tiempo atrás entendíamos por infancia. Así, pensamos que los adultos debemos “adaptar” y “modernizar” nuestra forma de recibirlos en el mundo –la mismísima edu-

cación–, pues aquello que nosotros podemos más o menos saber, por haber sido una vez niños, no sólo no es parámetro de nada sino que más aún es lo que debe precisamente ser dejado de lado por ser cosa del pasado –“pasado, pisado está!”. Damos por descontado que ahora, finalmente, “amamos a los niños” y que la mejor prueba de ello es que les pedimos su opinión e incentivamos su participación en varios asuntos de la vida cotidiana y, en particular, de la escolar. Hasta llegamos a reconocerles por ley a estos niños diferentes de hoy una serie de derechos¹.

Pensamos que la infancia, bien puede estar en vías de extinción o, tal vez, que pasó a

1. En el Brasil, hemos llegado a reconocer, a los menores de doce años, el derecho a jugar y a impugnar criterios de evaluación escolar. Cf. Principio Séptimo de la Declaração dos Direitos da Criança y Art. 53 del Estatuto da Criança e do Adolescente. Ley 8069 del 13/07/1990, República Federativa do Brasil.

quedar chica a los chicos diferentes de ahora, al mismo tiempo que los adultos, más conscientes y esclarecidos que los de antes, nos auto-obligamos el reconocimiento y la tolerancia de hábitos, intereses y gustos singulares y muy novedosos. En suma, creemos que viajamos en el tiempo montados sobre una línea evolutiva que iría de la conocida y obscura tolerancia al infanticidio medieval, al reconocimiento legal de los llamados intereses "del Niño", gracias a un amor iluminado por el avance científico especializado.

No tengo dudas que los tiempos cambian. Sin embargo, me permito dudar de que el rumbo de la vida junto a los niños evolucione en una dirección tan clara y distinta como se piensa hoy en día. Más aún, creo que el hecho de no poner en duda la seguridad de semejante línea evolutiva es indicativo de que algo huele mal en el reino de nuestra vida cotidiana.

Dudar de la evolución de nuestros hábitos y costumbres no significa tampoco que esté convencido de lo contrario, o sea, que la línea de la historia sea, entonces, la de una degradación. Simplemente, creo que la familia, la tradición y la propiedad, entre otras producciones humanas, están tomadas en el tiempo y, por lo tanto, no solo están siempre fuera de línea sino que también se presentan en sociedad según el último grito de la moda.

En este sentido, ni evolución, ni degradación, apenas formas históricas de vida que siempre dicen algo de nuestra manera de soñarnos a nosotros mismos siempre otros y, por lo tanto, de soñar la "relación" de constante amorodio con el producto de ese malentendido que habita la vida sexual y que son esos seres bajitos llamados niños.

Por otro lado, esto último tampoco quiere decir que todo da lo mismo. Si el tiempo que corre parece caracterizarse por algo, creo que lo es por el hecho de que nuestro espíritu se reconforta fácilmente en saber que somos capaces hasta de promulgar leyes para garantizar, por ejemplo, el derecho de los niños al juego. Y es eso, precisamente, lo que me huele mal.

¿Hasta que punto, tranquilos de espíritu, rechazamos la posibilidad de que aún el infanticidio esté presente entre nosotros? Los niños de hoy no mueren masivamente asfixiados por "descuido" como los bebés premodernos en el lecho paterno, pero, eso, no impide que las páginas policiales de los diarios informen de la presencia de un sin número de viejas y nuevas maneras de darles muerte.

No obstante, me interesa llamar la atención para una forma velada de infanticidio. Me refiero a un infanticidio al que tal vez se lo pueda calificar de simbólico. Hoy en día, el mundo de los viejos peca por una cierta omisión con relación a los pequeños, dejados espiritualmente en banda. Y esta omisión es tal más allá de ciertas apariencias en contrario².

La insistencia actual en la bondad democrática y amores adultos, lejos de indicar el reconocimiento de la necesaria implicación en la vida en común con esos seres pequeños que vienen al mundo después de nosotros, creo que indica nuestro rechazo en mantener abierto el interrogante que ella siempre abre: ¿cómo llegar a estar seguros de algo y poder hablarle de ello a un niño?

Semejante interrogante es la otra cara de la imposibilidad de establecer una proporción entre pequeños e viejos, o sea, una proporción entre las generaciones. De esa imposibilidad nada se quiere saber. No obstante, hoy, en particular, nada queremos saber de ella de una manera un tanto cínica, camuflada de exacerbada preocupación amorosa y disquisiciones psicopedagógicas.

Un niño aterriza en los brazos de su madre y, si bien no es el comienzo absoluto de nada pues la historia ya estaba en curso, allí se instala una diferencia entre un antes y un después. Ahora, la señora de turno se depara con el hecho de aceptar, o no, ser madre³ de ese peque-

Leandro de Lajonquière. Psicoanalista, Doctor en Educación por la Universidade Estadual de Campinas. Libre-Docente y profesor titular en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidade de São Paulo. Docente invitado en diversas universidades del Brasil, de la Argentina y de Francia.

2. No pocas veces el niño "acaba largado" hasta por la maquinaria burocrática y jurídica que propaga proteger los derechos "del Niño".

3. La llegada del niño la conmina a tomar posición respecto del enigma de la diferencia entre la Mujer y una madre. De la suerte con la cual una madre trabaje eso que le hace cuestión dependerá como le dirigirá su palabra al chiquito, una vez que haya aceptado criarlo. Escapa a los límites de este texto el desarrollo de esta veta de razonamiento.

ño que llega al mundo siempre más o menos extranjero respecto de aquellos que ya hace tiempo lo habitan. De hecho, los chiquitos duermen de día, resultan ser más o menos sociables de noche, lloran por cosas imperceptibles para los grandes ocupados en cuidarle, hacen todo tipo de muecas, hablan una lengua que no parece ser de fácil comprensión, entre otras cosas medio extrañas a la vida adulta ya hecha cotidiana y familiar.

Que un niño sea recibido como si fuese un extranjero, no es equivalente a que lo sea como si fuese un extra-terrestre o un salvaje. De aquel individuo considerado un salvaje, el que se toma por civilizado pretende mantener una cierta distancia. Si lo considera un buen salvaje, quiere estudiarlo minuciosamente y científicamente para así saber la exacta medida de la diferencia que hay entre ambos y, de esa manera, borrar el extraño misterio que anima a uno y angustia al otro. Al contrario, si se trata de un mal salvaje, intentará librarse de su temeraria extrañeza organizando una campaña de exterminio. Por otro lado, del extra-terrestre en el fondo nada queremos saber, tan solo queremos estar atentos para mantener siempre una misma distancia, que al tiempo que nos permita adorarle, soñarlo, también nos permita escapar, en caso que se le ocurra aproximarse más de la cuenta. En suma, tanto uno como el otro son tratados diferentemente del extranjero al que se le supone, con mayor o menor agrado, que tiene cosas de Otro mundo para contarlos.

Una madre le habla a su chiquito a la espera de que este aprenda su lengua y de esa forma le pueda contar de esas cosas otras para que,

al fin y al cabo, ambos puedan ser menos extraños y más familiares entre sí. Una madre le supone al pequeño ser recién llegado al mundo, la misma iniciativa comunicativa que ella tiene para con él y también una misma inteligencia para el diálogo⁴.

La llegada de un chiquito implica una reacomodación del mundo puesto instala una diferencia que, hecha tensión temporal, causará el "devenir adulto". Todo adulto⁵, cuando se dirige a un niño, le demanda dejar atrás la condición extranjera de infans – ser privado de palabra. No hay vestigios históricos de que la cultura no ponga a los niños en una cierta cuarentena del mundo adulto y, de esa forma, los adultos no hayan simbolizado, para sí mismos y para los chicos, la diferencia real, es decir, la falta de hecho de proporción o relación, entre unos y otros.

Mientras da tiempo al tiempo, el adulto educa al niño, apostando en el despliegue de la diferencia puesta en el origen por la simple llegada de un infans. La disposición metafórica adulta produce un tiempo a ser donado como tiempo de espera al pequeño sujeto recién llegado.

Por otro lado, al niño, tomado en este dispositivo temporal, siempre se le pierde el punto de vista adulto, o sea, el deseo en causa en la demanda educativa. Por esa razón, pasa a suponer en el adulto un "saber hacer con la vida". Más aún, desea ese saber supuesto a los adultos y, de esa forma, a veces de mentirita⁶ y otras veces no tanto, el niño reclama entrar en un mundo siempre ya viejo para él. En ese sentido, los seres pequeños están siempre interesados en participar del mundo. Ya que, si él no fuese surcado, una y otra vez, por el deseo, ellos no se in-

4. La llamada fobia a los extranjeros de turno indica que los anfitriones saben que aquellos tienen todo para ser sus familiares. De esa tenue, pero al fin, diferencia entre los familiares, que nunca llegan a ser clones los unos a los otros, nada se quiere saber. La solución no pocas veces encontrada es justamente mantenerlos bien "extranjeros" como el primer día para así comprobar que ni siquiera pueden parecerse a nosotros. La inferioridad así producida acaba haciendo del extranjero un buen o mal salvaje de turno.

5. Más allá de se trate, o no, de una señora convertida en madre. Nuestra alusión a la llegada de un niño a los brazos de "su" madre apunta a marcar que el algoritmo educativo está o no en operación ya en ese momento. Una mujer lanzada a un querer de Mujer, suele depararse en la vida con un hombre. Como prueba del malentendido del encuentro entre los sexos, aparece el bebé, que reinstala la diferencia irreducible entre la Mujer y una madre. El pequeño reabre la causa del deseo y, así, se hace marca de la falta de proporción o relación sexual que habita el mundo de los adultos. Una madre sobrepasa, o no, la encrucijada de dar el fruto de ese des/encuentro en lo sexual al hombre, candidato a usufructuar del lugar de padre y cuyo deseo viril aquella consiente en causar. De hecho, las mujeres/madres empujan a los hombres a aventurarse como padres. Una mujer "metaforiza un padre", vive la experiencia de la producción de una inversión condensada y desplazada de la posición contraria a la de "demandar al padre" la donación de un objeto imposible – un hijo restaurador del narcisismo infantil. Más aún, la metáfora cava un eco en el registro del sentido y, así, se produce un vaciamiento del saber sobre el ser del padre.

6. Los niños siempre jugaron, juegan y jugarán sin necesidad que declaración positiva alguna los autorice. Los niños se las ingenian para inventar un juego hasta cuando los adultos les prohíben hacerlo en ciertas circunstancias. El jugar como cualquier otra producción infantil posiciona al niño con relación al fantasma adulto. Si el niño no juega de hecho es porque no puede y de esa posición ninguna declaración de principios lo moverá.

7. La llamada apatía de niños y jóvenes es el retorno del anonimato del deseo adulto.



teresarían en explorarlo⁷.

No obstante, cuando por fin llega su turno, el niño de antes –ahora ya un adulto–, se depara con el hecho de que aquel punto de vista supuesto a los adultos, en la aurora de la vida, no era tan sabio como supuesto y que el tiempo – la espera que la propia cuarentena otrora fabricó – era tan solo para ser usufructuada, es decir, se trataba de un tiempo para ser consumido, más allá de cualquier virtuosismo pedagógico declarado.

Ser adulto es no Ser. “Está”⁸ adulto aquel que no puede no lanzarse a la imposibilidad de hablar en su propio nombre –es decir, en el nombre im/propio⁹ del deseo que lo habita y hace falta. Esa posición implica que tanto aquél niño que se fue para otros, como también, aquel niño que no se fue pero que era esperado por otros, sean objeto de represión. El sujeto no sabe sobre ese ser para Otro y, por lo tanto, nunca llega a ser aquel adulto desarrollado, no dividido por la ignorancia

y normal como ilusionado. El llamado adulto es simplemente gente grande, un ser viejo.

Para que un ser viejo advenga en el lugar de un chiquito es necesario, por lo tanto, que aquel otro, que ya está allí viejo, tome como metáfora el inevitable desencuentro con ese pequeño ser en el mundo. Cuando el *infans* deja de ser tal, pues ahora es gente vieja, la infancia pasa a existir como perdida, haciéndose presencia de una ausencia en un mundo siempre viejo. Una infancia solo existe perdida, desconocida, reprimida y, así, no cesa de no escribirse, de no inscribirse, de insistir en “nosotros”. Ella insiste como diferencia temporal – enigma – y así nos hace extraños al presente, nos hace extraños con relación a nosotros mismos.

Cuando un ser viejo se depara con un niño, se mira en él como si fuese un espejo. Mira ojo en el ojo y, así, pretende que de la profundidad de ese mirar le retorne su propia imagen al revés, o sea, espera verse no sujeto a la

8. Una cosa es “estar”, ocupar una posición, e otra diferente “ser”.

9. Impropio como no privativo pero también como algo no propio para el uso por ser sucio. Sobre el llamado nombre propio recae de hecho una especie de copropiedad: más de uno llevamos un “mismo” nombre. Por el otro lado, el nombre está sucio por el deseo en causa en el acto mismo de nominación.

10. Referencia al inconsciente como eso.

castración, espera volver en el tiempo para usufructuar hasta la última gota de lo que restó de la infancia perdida –lo infantil. Justamente, el adulto invierte narcisistamente el niño en la esperanza siempre vana de agotar ese infantil que no cesa de no retornar para, así, finalmente, saber todo sobre “su” infancia y, de esa forma, ser un adulto de verdad verdadera, como dicen los chicos, y no simplemente gente vieja.

El saber no sabido, depositado a cuenta del niño, hace de él un extranjero de quien queremos escuchar sus historias de un Otro mundo. Eso es de hecho imposible, pues pretendemos que nos cuente de ese extranjero que habita en nosotros. De eso¹⁰ solo podemos saber a medias, en la medida en que, por un lado, los niños, permaneciendo siempre un poco extraños, nos devuelvan en la vida el hecho de ser siempre extranjeros a nosotros mismos y, por el otro, nosotros así le demos acogida. No obstante, el malentendido entre las generaciones derivado de la falta de proporción no aborta el diálogo; por el contrario, lo alimenta, al tiempo que torna posible una educación.

Educación es transmitir marcas simbólicas que posibiliten al pequeño sujeto usufructuar de un lugar de enunciación en el campo de la palabra y del lenguaje, a partir del cual le sea posible lanzarse a las empresas imposibles del deseo. El despliegue de una educación presupone que el niño sea acogido como un extranjero pasible de tornarse más o menos familiar pero al fin y al cabo nunca puramente familiar.

Una educación acaba siendo de hecho posible más allá de su propia imposibilidad, también añorada en los sueños de los grandes. Todos nosotros –pequeños de otrora– agarramos viaje en la travesía en la medida en que invertimos la demanda educativa, tallando, cada cual, un lugar para sí en los sueños de otros¹¹.

Los niños consiguen usufructuar de una educación, siempre y cuando consigan guardar para sí un poco de su infantil y extranjera extrañeza, a pesar de tornarse más o menos familiares a otros, en un mundo siem-

pre viejo; donde todo lo familiar es un poco extraño y todo lo extranjero nos es un poco familiar.

Sin embargo, una educación puede no avanzar en su despliegue, entrando, de esa manera, en un callejón sin salida. El niño pasa a tener dificultades, o a meterse en dificultades en el proceso de filiación simbólica o familiarización. No por casualidad, en ese mismo momento, deja de dirigirse a los otros –al Otro– como un “niño con nombre y apellido” y pasa a deambular con una etiqueta colgada en donde se anotan todas “sus necesidades” más o menos especiales o gustos e intereses dignos de otro mundo. Corre, entonces, el riesgo de quedar a merced de la corriente sin mucho rumbo, poética y gracia. Corre el riesgo de quedarse en banda o, como se decía antes, en pampa y la vía.

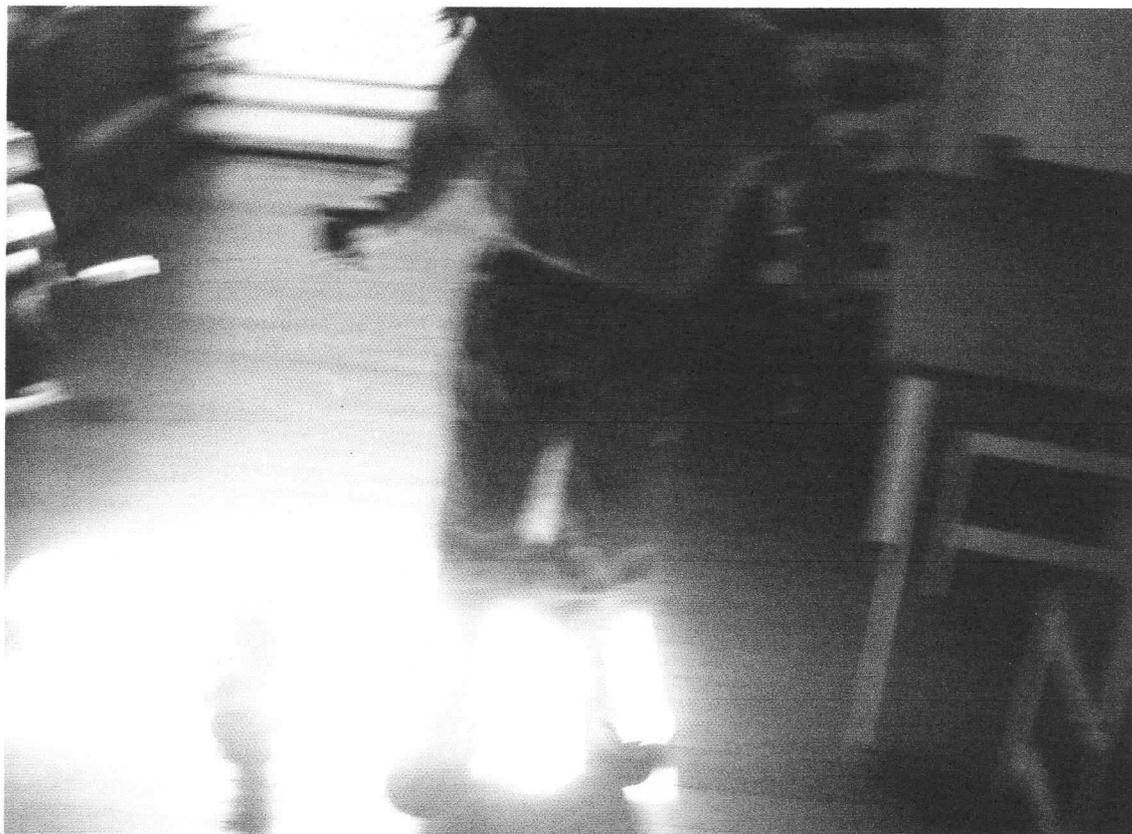
Una educación se torna de difícil acontecimiento cuando para el adulto resulta ser de hecho imposible desplegar el des/encuentro con un niño. Esa imposibilidad adulta puede dar lugar a diversas suposiciones de excepcionalidad infantil. De esa manera, los seres pequeños quedan a merced de la falta de oportunidad de advenir diferentes de la manera como son supuestos. La suposición de la excepcionalidad lanza al niño por fuera del lazo social donde lo familiar y lo extranjero son lados de una misma cinta de Moebius.

La educación de un salvaje y la de un extra-terrestre son, *a priori*, hechos de difícil acontecimiento. Son contradicciones en sus términos. Solo puede advenir una educación si en el des/encuentro con un niño, los adultos se permiten depararse con el retorno de la (im)propia extrañeza a sí mismos, que hunde sus raíces en la falta de proporción o diferencia sexual. Tanto el salvaje como el extra-terrestre son figuraciones de la imposibilidad en acoger el retorno de la diferencia. Ambos son el revés de la supuesta mismidad del nosotros. Ni uno ni otro pueden habitar el mismo mundo del sujeto que delira ser idéntico a sí mismo.

La educación para un sujeto entraña dirigirla la palabra a un niño, en hablar con él¹². En la educación, las palabras vacías entran

11. Cuando tal cosa no se torna imposible para el niño, los sueños de los grandes no pasan de pesadillas para aquellos.

12. Hablarle a un niño es como hablar con la mujer amada, tomada en un silencioso estado de coma, así como pasa en la película de Almodóvar, intitulada Habla con ella. Nada mejor que una mujer en coma para figurar el enigma propio de La Mujer.



por una oreja y salen por la otra, como es costumbre decir, sin hacer diferencia o marca alguna. La que cuenta es la palabra con posibilidad de encontrar su propia plenitud, es decir, de desplazarse y condensarse en otras, de forma tal de perfilar en el horizonte el interrogante: ¿Qué me quiere ese que así me habla? Esa pregunta sin respuesta concluyente indica el deseo en causa en el acto educativo, un acto de habla al interior del campo de la palabra y del lenguaje capaz de embragar¹³ la implicación en la vida.

La tesis de que los niños de hoy son diferentes, más inteligentes y más rápidos que aquello que nosotros fuimos cuando niños no es nueva. Es curioso constatar como a lo largo de la historia los viejos de turno siempre predicaron de los pequeños recién llegados esos mismos atributos. No precisamos ir muy lejos, pues con solo preguntarles a nuestros padres y abuelos veremos que cada uno de ellos atribuyó lo mismo a la joven generación.

El pequeño ser no puede menos que apa-

recer siempre marcado por la diferencia. Siempre aparece diferente de cómo los viejos se ven a sí mismos. Un niño de hoy es tan diferente de nosotros, como nosotros también lo fuimos – y seguimos siendo – con relación a nuestros viejos. La solidaridad moebiana entre lo extranjero y lo familiar se renueva una y otra vez, a excepción, claro, que cortemos la cinta.

Que hoy se insista tanto en la mentada diferencia de los niños es llamativo. Esa insistencia los hace “tan, pero tan, tan diferentes” y, de esa forma, indica un desliz en cómo el adulto le dirige la palabra a un niño. Esa, “gran pero gran, diferencia” no hace del niño un extranjero, hace de él, un salvaje o un extra-terrestre. De hecho, no pocos adultos así lo predicaban con todas las letras de los niños, de algunos o de uno en especial.

Si los niños se nos aparecen, con cierta facilidad, como salvajes y extra-terrestres, entonces, hay algo que no está funcionando bien. Una diferencia solo puede dar lugar a más de lo mismo, o sea, a una otra diferencia que re-

13. Accionar el embrague.

nueva la dialéctica extraño/familiar. Por el contrario, los pequeños detalles de la vida cotidiana actual en compañía de los niños no consiguen reciclar la diferencia o resto extraño que la llegada de un ser pequeño produce y, de esa manera, la figura del extranjero, dispuesto a transformarse en un familiar, pero no en un clon, acaba por desdibujarse.

Por otro lado, no amamos ni odiamos a nuestros niños ni más ni menos que en otras épocas. Simplemente, ellos como siempre son objeto condensadores de amorodio. Los odiamos, pues los niños siempre dicen la verdad, no aquella de la religión o de la ciencia pero sí aquellas reprimidas del mundo de los viejos: la falta de proporción sexual y la transitoriedad de la existencia¹⁴. Los amamos, pues la vida en compañía de ellos también nos ofrece más de una coartada para insistir en no querer saber de esas verdades. No obstante, si insistimos en nuestro amor es porque parece resultar intolerable el amalgama amorodio. Cortando la cinta de Moebius, separamos el uno y otro. El amor puro hace del bebé un niño genérico, especie de buen salvaje, o un niño muerto, como aquellos de los cuales hablan las teorías del desarrollo psicológico y las pedagogías ortodoxas. El odio insufla las figuraciones del mal salvaje y del extra-terrestre, cultivados por razonamientos pedagógicos y culturales un tanto apocalípticos.

Pretender adaptar la educación a los niños "tan diferentes de hoy", es mal augurio. No hay educación posible si el pequeño ser está marcado a fuego por la salvajería o la extra-territorialidad. Por ello, si andan en banda es porque simplemente en banda los dejamos cuando renunciamos al acto de educar. Los dejamos en banda para nada venir a saber de ellos...de aquello que nos hace extraños a nosotros mismos.

¿Si los chiquitos de hoy no son de hecho ni más ni menos diferentes que los de antes respecto de la generación precedente, significa que la vida junto a ellos no cambia? No en absoluto. Como ya observamos los tiempos históricos son inconmensurables más allá de nuestra voluntad. ¿Significa que los niños

de hoy no deben participar de la vida como se propone en nombre de la supuesta gran diferencia que los caracterizaría? No tampoco. Todo depende de lo que se entiende por ello, o cuales son las fantasías que se tejen en torno de la mentada participación infantil.

Si por participación infantil se entiende pedirles a los niños opinión para todo, dejarles hacer lo que supuestamente quieren¹⁵, no vedarles ningún ámbito del mundo adulto, entonces, se trata de disparate. La renuncia¹⁶ de los viejos al acto de educar es una forma de infanticidio. La renuncia a dirigirle en nombre propio la palabra a un niño no es un gesto pasible de ser buscado o evitado voluntariamente. No obstante, parece que hoy es una moneda más corriente que lo que se está dispuesto a reconocer. La renuncia a la educación está embutida en una serie de pequeños detalles de nuestra vida cotidiana. La propensión al infanticidio simbólico no es una condena de los dioses, ni tampoco la consecuencia de un gesto maléfico de algún tirano de turno. Que así sea es la marca de cómo no les reconocemos a los niños el único derecho que cuenta, es decir, el derecho a escuchar que un viejo le hable.

De esa forma, la cuestión es como dirigirle la palabra a un niño y al mismo tiempo distinguir del aluvión de sus respuestas aquello que de hecho debe ser acogido como la diferencia a ser relanzada al rodeo de una educación. Para ello no hay método alguno. Lo cual no quiere decir que no haya nada a ser hecho. Ese es precisamente el falso dilema que se intenta vender y que, con gusto, no pocos compran¹⁷.

Para que los seres pequeños puedan pleitear a gusto un simple lugar en el mundo, participar de una historia en curso haciendo retornar lo inesperado, debemos darnos el tiempo para que, en sus pequeños detalles, nuestra vida cotidiana mantenga siempre algo de extraña... de extranjera al presente, a la realidad, al mercado, a la propaganda, a lo que pasa en la TV y demás yerbas muy, pero muy, familiares. Ese es nuestro deber, al menos hasta que los chiquitos de hoy consigan conquistar para-sí un poco de vetustez. ○

14. Es decir, que somos seres sexuados para la muerte.

15. No es tan simple saber lo que se quiere. No obstante, se da por descartado que los chicos saben lo que quieren.

16. Sobre la renuncia y la transformación de la educación en un hecho de difícil acontecimiento puede consultarse nuestro *Infancia e Ilusión (Psico)Pedagógica*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2000.

17. A pesar del conocido refrán, la sarna con gusto pica, habida cuenta la culpa que invade a muchos adultos en la vida junto a los chicos.